

a este sistema, lo aplicó a sus escolares y obtuvo excelentes resultados.

A sus métodos se les ha dispensado hasta hoy poca atención; pero podemos tener la seguridad que un día los apuntes de Tolstoy sobre su enseñanza en Iasnaia Poliana serán estudiados por un maestro inteligente, como «Emilio» de Rousseau fué estudiado por Froëbel, constituyendo el punto de partida de una reforma de la educación mucho más profunda que las de Pestalozzi y la del mismo Froëbel. Hoy se sabe a ciencia cierta que a este experimento pedagógico puso fin violentamente el gobierno ruso.

En 1862, Tolstoy se casó con la hija de un doctor de Moscou y estableciéndose casi sin interrupción en su propiedad de Tula, dedicó su tiempo, en los quince o dieciséis años siguientes, a su gran obra *Guerra y Paz* y más tarde escribió *Ana Karenine*.

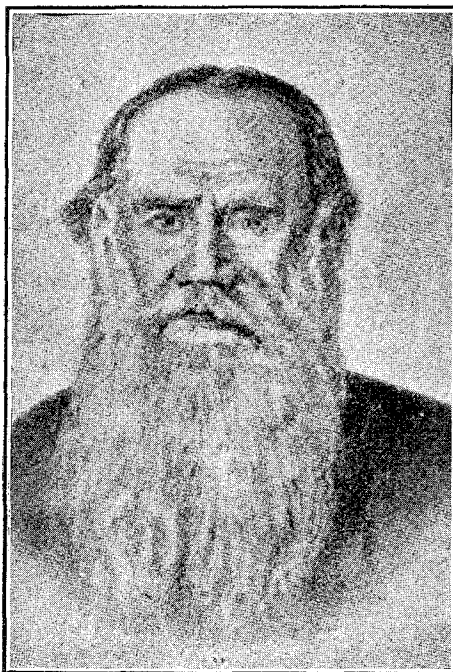
Su primera intención fué escribir, utilizando probablemente tradiciones y documentos familiares, un gran cuento histórico: *Los decabristas*, y en 1863 concluía el primer capítulo. Pero mientras intentaba reelaborar los tipos decabristas, su pensamiento debió ser ocupado por la gran guerra de 1812. Había oído hablar tanto de ella en las tradiciones de los Tolstoy y de los Volkovski, y esta guerra tenía tantos puntos de contacto con la de Crimea que él mismo había vivido, que concibió la idea de escribir aquella gran epopeya, *Guerra y Paz*, que no existe otra igual en la literatura universal.

De toda la producción de Tolstoy, *Ana Karenine* ha sido la que más se ha traducido y leído en todos los idiomas.

Es conocido en todo el orbe el cambio que experimentaron las concepciones fundamentales de Tolstoy sobre la vida y principios religiosos en los años 1875-1878 cuando había alcanzado los cincuenta años de edad. No creemos que se posea el derecho de discutir públicamente lo que pasa en lo más profundo del espíritu de otro individuo, pero diciéndose a sí mismo el drama íntimo y las luchas por él soportadas, el gran escritor nos ha invitado, por decirlo así, a verificar si era correcto en sus razonamientos y en sus conclusiones. Limitándonos, por consiguiente, al material psicológico que él nos ha proporcionado, podemos discutirlo sin una indebida intrusión en los motivos de sus acciones. Harto notable es encontrar, relejendo las primeras obras de Tolstoy, como las ideas que defiende en los últimos años de su vida han ya aparecido en sus primeros escritos.

A partir de esta época, escribió una serie de pequeños cuentos destinados al pueblo. Basta recordar uno de ellos: *La muerte de Ivan Ilich*, para comprender la profunda impresión que produjo su publicación. Se puede considerar como una de las mayores obras artísticas de Tolstoy.

También escribió «teatro popular», que en aquel tiempo comenzaba a vivir en Rusia. *El poder de las tinieblas* (entre otros), drama terrible, sacado de la vida



de los campesinos, fué una tentativa de un realismo a lo Shakespeare o mejor aún, a lo Marlowe, que produjo honda impresión.

Después de haber publicado, con gran éxito, la *Sonata a Kreutzer*, su mayor publicación en sus últimos tiempos fué la novela *Resurrección*. Nunca se podrá ponderar demasiado la energía y vitalidad del autor septuagenario que nos presenta en esta novela. Las cualidades artísticas son tan notables, que si Tolstoy no hubiese escrito más que *Resurrección*, hubiese sido igualmente considerado como uno de los más grandes escritores. Impresiona tan fuertemente al lector, que es imposible leer el libro sin que al final se conciban serias dudas sobre nuestro sistema punitivo.

Un crítico francés dijo, acerca de *Resurrección*: «Le livre pèsera sur la conscience du siècle». La misma observación se puede aplicar a toda la actividad de León Tolstoy. Decidirá el tiempo si su osada tentativa de poner en los hombres las bases de una religión mundial que, como él cree, será aceptada por la razón y por la ciencia y que los hombres podrían acoger como una guía para su vida moral, logrando al mismo tiempo la solución de los grandes problemas sociales y de todas las cuestiones que el mismo trae aparejadas, decidirá el tiempo si esta tentativa será coronada por el éxito. Pero es absolutamente cierto que ningún hombre, desde el tiempo de Rousseau en adelante, ha tocado tan profundamente la conciencia moral como lo ha hecho Tolstoy con sus escritos modernos. Sin ningún temor, reveló los lados morales de todas las cuestiones palpitantes de la época, en una forma tan profundamente impresionante,

que el que haya leído uno de sus escritos no podrá olvidar tales cuestiones o dejarlas de lado; se siente la necesidad de encontrar de uno u otro modo la solución. Por lo tanto, la influencia de Tolstoy no puede medirse por años o decenios: durará mucho más tiempo. No está limitada a un solo país. Sus obras, en millares de ediciones, dirigiéndose a hombres y mujeres de todas las clases y todas las naciones, en todas partes producen igual resultado. Hacia el fin de su vida, Tolstoy era el hombre más amado, más conmovedoramente amado en todo el mundo. Hoy, con motivo de celebrarse el centenario de su natalicio, se ha patentizado una vez más la veneración a la obra del gran apóstol, veneración que modestamente compartimos.

Cuentos de Tolstoy

El oro y los dos hermanos

En otro tiempo vivían dos hermanos no lejos de Jerusalén. El mayor se llamaba Afanassi y el menor Johan.

Vivían en la montaña, no lejos de la ciudad y se alimentaban de lo que las gentes les daban de limosna.

Sus jornadas las pasaban en trabajar, no para ellos, sino para los pobres.

Donde quiera que hubiera personas recargadas de labor, enfermos que cuidar, viudas y huérfanos que atender, allí estaban los dos hermanos demostrando su caridad y no aceptando nada a cambio de sus desvelos.

Así pasaban la semana cada cual por su lado y sólo se reunían el sábado por la noche en su habitación. No vivían juntos más que el domingo, rogando a Dios y atendiéndose mutuamente, y el ángel del Señor bajaba sobre ellos y les bendecía. Al llegar el lunes, cada uno marchaba adonde la caridad le llamaba.

Así vivieron los dos hermanos durante muchos años, y todos los sábados el ángel del Señor seguía bendiciéndoles.

Un lunes, y en ocasión en que ya había partido cada cual por su lado y estaban distantes uno de otro, Afanassi se sintió de pronto afligido por haberse separado de su hermano.

Se detuvo y volvió el rostro. Johan caminaba con la cabeza baja y sin mirar atrás. De pronto se detuvo como si hubiera visto algo que le llamase vivamente la atención, y miró fijamente de aquel lado. Después se acercó a lo que miraba, dió un salto, descendió a la carrera la montaña y remontó la otra vertiente, muy lejos del sitio en donde se hubiera dicho que había encontrado una bestia feroz que trataba de devorarle.

Afanassi, muy intrigado por aquella escena, volvió sobre sus pasos para ver de cerca lo que había causado en su hermano